



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO.

HACE algún tiempo que hemos acariciado la idea de escribir la historia de los estudios filosóficos que se han hecho en nuestra patria.

Nuestros primeros imperfectísimos ensayos, ¿por qué no hemos de reconocerlo con sencillez y confesarlo paladinamente? tan abundantes de conjeturas, como escasos de datos positivamente históricos, vieron la pública luz en las columnas del antiguo y bien reputado periódico *La Voz de México*. A pesar del noble pensamiento é infatigable afán que presidió á la formación de aquellos artículos, nos vimos en no pequeño apuro para darles nombre adecuado, pues por ninguna manera podían merecer el de *historia*; que de habérselo puesto, la falta de correspondencia entre el nombre y la realidad, hubiera denunciado, aun á los ojos menos perspicaces, la más ridícula presunción. Les dimos un título de vago significado; llamáronse, "*De re philosophica*." Ahí cabe poco y mucho, con tal que se relacione con la filosofía.

Prematuramente salieron al público aquellos ligeros apuntes; pronto lo comprendimos, y por eso no hemos descan-

sado en la difícil tarea que al principio voluntariamente nos impusimos y que después hemos considerado como estricta obligación.

Hemos ampliado nuestras observaciones ya hechas; hemos añadido otras nuevas; hemos corregido ó confirmado nuestras apreciaciones; hemos corrido siempre en busca de libros y datos; hemos procurado alcanzar mayor serenidad de espíritu para ver si podíamos hacer un librito racional; hemos puesto empeño en dar algún orden metódico á los elementos con que nuestra ingrata fortuna nos ha favorecido; y el fruto, que todavía consideramos exiguo, es lo que tenemos la honra de presentar á nuestros lectores.

Se ve que no nos lisonjamos de que nuestra mal cortada pluma pueda producir una obra completa; no: ni siquiera nos atrevemos á llamarla, lisa y llanamente, *historia*, porque el nombre abarca mucho, y ésto es lo que nos falta.

Serán estas páginas, *Apuntaciones históricas*, que quizá puedan servir al que más tarde escriba la historia.

Nada más tenemos que decir en cuanto al nombre que hemos dado á nuestro humilde trabajo.

La historia de los progresos científicos de una nación, no puede menos de ser compleja, por la variedad de los ramos del saber. Si es la ciencia en sí ó formalmente considerada, es verdad que sus diversas partes tienden y en algún modo pueden reducirse á unidad; pero no se ve ese íntimo enlace sin penetrar bastante en cada ciencia, y no por manera vulgar sino perfecta, pues tal conexión se halla en lo más fundamental é interno de los diversos conocimientos.

También la historia externa, digámoslo así, de la ciencia, ó sea la historia general de su cultivo en un pueblo determinado, supone y requiere las historias particulares que vienen á ser como los elementos del todo, y esta es la importancia que pueden tener nuestras *Apuntaciones*. En unas materias, es natural, nos habremos distinguido más que en

otras; pero esta no es razón suficiente para que, en las que menos hemos sobresalido, descuidemos los datos históricos por escasos que sean, pues son al cabo aplicaciones de nuestra actividad, y sus noticias, tarde ó temprano, para algo servirán.

La historia de movimiento intelectual determinado, no puede hacerse ni estimarse, absteniéndose de circunscribir categóricamente y, si se quiere, definir la materia; de ésto nos ocuparemos en el capítulo primero, y como la filosofía propiamente dicha es la metafísica, ahora tan despreciada por espíritus ligeros, á encarecer su importancia dedicamos el capítulo segundo: en seguida nos detenemos ya á estudiar la filosofía cultivada en México. Es claro que para dar una idea exacta de estos estudios, no podemos prescindir del medio en que se desarrollaron, por lo cual hablamos algo acerca de los colegios, especialmente de la Universidad, que fué nuestro mejor establecimiento científico; no omitiremos mencionar las órdenes religiosas que dieron célebres maestros á la Universidad y fundaron colegios; de la imprenta que en todas partes ha sido elemento de civilización; de las bibliotecas; de los hombres que han escrito sobre asunto propiamente filosófico, y por fin, estudiamos las obras que hemos tenido la fortuna de conseguir.

En cuanto al criterio, hemos procurado que sea *filosófico*, esperamos que nos haya guiado sólo el amor á la verdad, sea cual fuere y esté donde estuviere. Esta es nuestra filosofía. No inventaremos nuevos sistemas, halagadores por el momento del orgullo humano, pero que mañana la verdadera filosofía sepultará con ignominia. Los nuevos errores, lejos de iluminar el camino científico de la razón, entorpecen, estorban, embarazan la marcha del entendimiento. Las verdaderas invenciones reclaman las titánicas fuerzas del genio. Los que no hemos sido escogidos por la Providencia para sorprender al mundo con las revelaciones de

incógnitas verdades, contentémonos con entender siquiera y presentar las doctrinas con orden y claridad, ayudando á que se divulguen las sanas enseñanzas, para tener participio en el bien de los individuos y en el mejoramiento de la sociedad.

El criterio, por independiente que sea, no se sustrae por completo al método de educación que se sigue en la escuela que se frecuentó. En el colegio se nos pusieron ante los ojos los varios sistemas filosóficos que ha inventado y desarrollado la mente humana: los veíamos formando parte de la historia de la filosofía, y se nos indicaba discretamente la parte vulnerable de tales sistemas, para refutar lo falso y sentar sobre sólidas bases la verdad.

Seguimos en lo general, ó sea en las ideas dominantes, la filosofía escolástica, pero no sin conciencia, no porque haya sido el conjunto de doctrinas que afanosos nos transmitieron nuestros maestros, ó sólo porque á tal sistema se ajustaban los textos que con admirable acierto pusieron en nuestras manos los directores; no, sino que la hemos hecho nuestra por racional convicción y se engendró en nuestra alma el amor á esa filosofía, no en un día, sino en ocho años de sosegado y humilde, pero dedicado y celoso magisterio, y después en todo el tiempo que hemos dedicado á la ampliación de nuestros estudios.

La filosofía escolástica en su conjunto y detalles, es la más conforme á la verdad y, bien mirada, no se destruye, antes se acrece y perfecciona con el contingente de verdad que hallarse puede en los demás sistemas.

Hemos indicado ya en otra ocasión nuestros vehementes deseos de que algún filósofo que reuniese al talento la erudición, emprendiera la difícil pero utilísima tarea de dar, en cuanto se pueda, nuevo organismo á la escolástica, atendiendo al orden de tratados y verdades, sin perder de vista el íntimo enlace que da unidad al conjunto. Cosa semejan-

te quiso hacer entre los nuestros el Illmo. Sr. Munguía, en su obra "Del Pensamiento y su Enunciación," y era competente para hacerla, mas sus modestas aspiraciones se limitaban á ofrecer un ensayo, un ejemplo en que no entraron todas las materias que comprende la filosofía propiamente dicha.

En la obra que deseamos, puede darse al conjunto mejor unidad; sin apartarse de las soluciones capitales de la escolástica, sin despreciar el claro método de exposición, sin abandonar sus precisas formas; pero usando de éstas y de las sutilezas con prudente sobriedad. Y en tal obra, con criterio sereno y oportuno, hay que incorporar á la majestuosa corriente escolástica, cuanto de aceptable se encuentre en los otros sistemas, para que todos los esfuerzos del espíritu humano, depurados de las tristes muestras de su limitación, sean de hecho un adelanto, porque aumenten positivamente el rico tesoro de la filosofía.

En nuestra época, escéptica por pereza, en cuanto á lo que trasciende la reducida esfera de la sensibilidad; entusiasta por egoísmo, en cuanto á lo que presume que pueda ensanchar el círculo de sus goces y dar mayor intensidad á sus ya refinados placeres; hay tendencia á mirar con desdén y aun con desprecio los estudios que algo tienen de metafísico; pero ésta no es plausible razón para que nos abstengamos de tratar cuestiones que una época más pacífica y menos orgullosa buscará con interés.

Los estudios filosóficos, por su misma naturaleza son fundamentales, impresionan más hondamente, influyen con más energía y decisión en la cultura del individuo y de la sociedad. La mayor parte de los errores que han entenebrecido de modo alarmante los entendimientos; casi todos los vicios que invaden á gran prisa y corrompen las costumbres privadas y públicas; y, por consecuencia, las penosas inquietudes que hacen prever un desgraciado y no lejano

porvenir, no reconocen otro origen que las falsas ideas que sobre Dios, sobre el hombre, sobre la ciencia, la razón, la libertad, el pueblo, los derechos, etc., han difundido hombres y partidos más ó menos ignorantes, más ó menos pervertidos. Y la filosofía ha servido de pretexto, y las pasiones y sus veleidades la han hecho instrumento para satisfacer sus caprichos. Sin embargo, no profanemos este nombre: no es la filosofía, es la sofística.

¿Quién no ama á su patria? ¿Quién no mira con especial solicitud y cariño á la juventud en quien los pueblos fundan sus más risueñas, sus más caras esperanzas? Nosotros la amamos con amor puro, libre de todo sentimiento egoísta: deseamos que no se abuse de su angelical candor, que retroceda del borde de insondable abismo, adonde la han conducido falsas doctrinas que van invadiendo el campo de las ideas, pero no peleando lealmente, sino explotando con bur-las volterianas el amor propio de hombres ligeros, ú obligando con amenazas á los necesitados y medrosos.

Volvamos nuestros ojos á la filosofía verdadera. ¡Ay! que en el lamentable estado que en cuanto á ideas filosóficas guardan las escuelas oficiales, es sumamente peligroso excitar al estudio de la filosofía, porque propenden al materialismo y, por consecuencia, al ateísmo.¹

Hay una esperanza que no será defraudada: ¡el Clero! Todavía conserva sus seminarios: puede, á costa de incesantes trabajos, levantar los estudios hasta su antiguo esplendor, é influir así en la juventud, haciendo contrapeso á las disolventes doctrinas. Dé, con toda la energía de que sea capaz, aliento al noble estudio de la filosofía y se atraerá la veneración, el respeto, á pesar del gusto dominante. No abandone el honrosísimo puesto que ocupaba, ni permita jamás que se enmohezcan ó se emboten los filos del

¹ A su tiempo se hablará acerca de este punto y de los esfuerzos de personas de recto criterio, en pro de la filosofía espiritualista.

arma poderosa que siempre le ha servido para la exposición y defensa de la verdad.

Los estudios filosóficos han tenido en todo tiempo sus representantes más ó menos entusiastas en nuestra patria; recordar sus nombres, dar á conocer sus opiniones, como nuestras débiles fuerzas lo permitan, es lo que nos hemos propuesto. Se verán en estas APUNTACIONES los generosos esfuerzos de algunos escritores para conservar, cultivar y extender la filosofía en México. Casi todos ó todos fueron escolásticos hasta terminar la primera mitad del siglo XVIII: En la segunda mitad de dicha centuria, hizo su entrada la filosofía moderna en nuestras aulas, se encendió vivo entusiasmo por los estudios experimentales, se hicieron algunas reconvenciones á la escolástica y aun se la despreció.

Siguieron el mismo camino las ideas, hasta que el memorable grito de Dolores llamó la general atención al campo de la política, donde se veían ya los primeros destellos de la libertad. Durante la sangrienta y prolongada guerra de independencia, la continua inquietud de los espíritus, el incesante ruido del combate, impidieron de seguro que los talentos tuvieran el vagar que los estudios serios indispensablemente exigen.

Sí, once años de encarnizada lucha, once años de ver el cielo de México cubierto de tempestuosas nubes, hasta que lució por fin el ansiado día de la libertad, y entonces, ¡qué encantadoras ilusiones! ¡qué risueñas esperanzas! ¡qué grandiosos proyectos para el porvenir! Cruel desengaño, muy pronto nos vimos envueltos en el torbellino de las pasiones, empeñados en nuevas luchas que enervaban nuestras fuerzas morales; pero ya no se peleaba por el noble deseo de la libertad, sino por la ciega ambición, y no eran sino anuncios de una época bien larga de terribles tempestades. Las ideas desde luego se dividieron y sufrieron un cambio que preparaba para más tarde partidos demasiado radicales, y

por eso encontraremos siempre en aumento la invasión de los errores.

No encontraremos verdadera originalidad en el pensamiento filosófico mexicano, si no es en las obras del Illmo. Sr. Munguía, célebre Obispo de Michoacán; pero todavía no es tiempo de emitir nuestro juicio.

Cumple á nuestro deber manifestar que hemos tropezado con la casi absoluta falta de libros. Dificultad es esta no pequeña para cualquiera que sea pobre, y poco menos que insuperable tiene que ser para nosotros por el aislamiento en que nos encontrábamos de la capital, en atención al ministerio á que nos hemos consagrado.¹

Sea de todo lo que fuere, allá va la humilde obrita con su escasez de datos, con su trivial estilo, sin más adorno que sus naturales defectos, que seremos los primeros en reconocer. Tócanos insistir en la empresa comenzada, continuar con incansable constancia buscando nuevos datos, y en todo caso, preparando el camino á escritores más afortunados, que con mayor abundancia de elementos, con mirada más vasta y penetrante, puedan presentar con menos puntos oscuros el cuadro de nuestra cultura filosófica.

Una última aclaración: la crítica será imparcial y jamás irá contra las personas, sino contra las doctrinas, cuando necesario sea.

Zinacantepec, 23 de Julio de 1895.

EMETERIO VALVERDE T.,

Presbítero.

¹ En Abril del corriente año vine á esta capital nombrado Cura de la Parroquia de Señor San José, por favor de mi Illmo. Prelado, á quien Dios guarde.

APUNTACIONES HISTÓRICAS

SOBRE

LA FILOSOFÍA EN MÉXICO

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

LA FILOSOFÍA.

I

EXCELENCIA Y SUBLIMIDAD DE LA FILOSOFÍA.

CADA facultad del hombre tiene, como el mismo hombre, su providencial destino. Por esto cada facultad lleva consigo innata propensión al propio objeto. Cuando se alcanza dicho objeto, habiendo seguido escrupulosamente las severas prescripciones de la recta razón, se experimenta inefable placer en la legítima posesión de un bien que, por decirlo así, integra á cada facultad, que por su naturaleza es esencialmente relativa.

La más noble y sublime, la reina de nuestras facultades cognoscitivas, el entendimiento, brinda al espíritu suavísima, dulcísima satisfacción, cuando solícito, anhelante va tras de la verdad, como la mariposa sigue la luz, como el amartelado amante va en pos del objeto de su amor: y cuan-